

# RECORTES PARA LA NOSTALGIA

HACE unos días, justo por la semana de Pascua florida, tuve ocasión de entrar en un raro, apasionante museo y santuario que alguien, con mucho amor, alzó -es un ático- al borde mismo del Atlántico, en Las Palmas de Gran Canaria. Por fuera anda el bullicio invariable, ya monótono de puro sabido, que hace idénticos todos los lugares de bronceamiento y relax (de «relax»). Dentro, en cambio, está un mundo íntimo, claustal, donde al primer momento siente uno el rubor de llevar zapatos, como ganas de descalzarse al igual que en templos de rito extraño. Se comprende que a veces, informados por algún soplo oficioso, vengan a esta puerta postulantes que quieren entrar y ver. No se les da con ella en las narices, que si hay gente hospitalaria en el mundo ahí están como primeros los grancanarios, pero si se les advierte que este museo no figura en ninguna guía de turismo. Digamos ya el nombre de Pinito del Oro. Son las dos palabras sonoras y bonitas -así, sonoras de oír, bonitas de ver- que con su contracción en medio presiden obsesivamente en las paredes, sobre las mesas, en carteles como banderas, en banderas como bosques, junto al remedo de altos y peligrosos trapecios, todo bajo la fingida carpa de este circo turbador en su desolación silenciosa.

Por allí andan, entre mil reliquias de descripción difícil, unos folios encuadernados gentilmente: el recuerdo de "Esta es su vida», un programa de la televisión. No me conformo con tanta síntesis. Hasta que doy en una sala, ¡toda una sala!, destinada a muchos y abultados álbumes con recortes de periódicos de todo el mundo. Me dicen datos exactos -pero a mí no me gustan los datos exactos-: cosa de varias... toneladas. Es una colección asombrosa de abundancia y riqueza, justo como la vida artística de esta trabajadora que tantas veces ha consentido en el peligro sin descomponer su sonrisa de mujer.

Pero luego ya no pienso únicamente en ella. Se me ocurre que si la letra impresa es un honor para quien la alcanza por sus méritos, el «summum» está en esa intimidad que es «el recorte». Y no sólo para el aludido. También para el autor. Publicar un artículo puede dar halago a su autor, pero no tanto como alcanzar que sus ideas y sentimientos hayan merecido la atención definitiva de unas tijeras cuidadosas. (Hay, incluso, tijeras profesionales. Es curioso ver a las chicas de Camarasa despiezando con buen ojo todos los periódicos del país.) En un restaurante de Valladolid muy prestigioso, y eso que no hay lugar para más de media docena de mesas, leí hace

tiempo un artículo de Martín Abril que creo se titulaba «Las manos de Piedad»; Estaba allí, al público -y allí seguirá, probablemente-, por comprensible orgullo de la homenajeadada patrona. Otras veces el recorte alude a cimas tan altas del honor familiar que casi toca en pergamino. En una casa aristocrática -adjetivo, aquí, con un valor más amplio que el convencional- he visto en un marco, bajo la cabecera de LA VANGUARDIA, un cuadrado espacio de «La calle y su mundo» que se titula, sencillamente, «Rozalejo». Es, desde luego, un precioso artículo. Quien lo escribiera, a la muerte del escritor que fue marqués del mismo nombre, mal podría pensar en esta recompensa moral a su trabajo del día. Acaso llegue a saberlo ahora, si alguien quiere acercarle el recorte de estas palabras. Y ese gozo que el articulista siente al saberse recortado en el bolsillo o cartera de un lector anónimo, desconocido, probablemente modesto, que se sintió identificado con unas ideas que él mismo hubiese escrito si tuviera la manía de escribir...

Entró un soplo del aire azul de las Canteras, esta playa española como la de Zarauz o la de Benidorm, quizás un poco más babélica. Casi a la misma hora, mientras nosotros indagábamos en las cosas de Pinito del Oro con curiosidad pero con respeto, ella ejercía en Madrid, dicen que con sentimiento de adiós, el don singular de su arte. Luego le pondrían un « Cocido madrileño» en el Círculo de Bellas Artes, con mucha gente de pro. Cuando ahora veo las reseñas impresas de este suceso -desde las revistas de peluquerías de señoras hasta las minoritarias de la literatura- tengo que imaginarme su destino último, el de acrecentar el ya inmenso monumento que poco a poco irá haciéndose amarillo como toda biografía humana, materia -no sé si un poco triste- para la predecible añoranza, papeles con vocación de hojas de otoño. Pero perdón por esta reflexión castellana y manriqueña, en las islas donde es primavera siempre.

**Antonio PEREIRA**